



ESTE FILÓSOFO Y SOCIÓLOGO madrileño (1941) ha publicado una docena de libros y se ha convertido en una de las primeras figuras de la vida intelectual española de nuestros tiempos. Los tres tomos de su obra mayor, *Los enemigos del Comercio, una historia moral de la propiedad*, publicados en Barcelona por la editorial Espasa, son una obra de referencia obligada en los debates políticos actuales. Del tercer tomo (*De Lenin a nuestros días*), se ha tomado para propósitos académicos el tercer capítulo, dado su valor para la comprensión de uno de los momentos claves de la experiencia de la Revolución bolchevique de octubre de 1917.

**E**l golpe bolchevique tomó las dependencias estatales sin apenas disparar un tiro, “bajo el manto de una operación defensiva”, y entre sus aciertos estuvo ocurrir horas antes de inaugurarse en Petrogrado el segundo Congreso Pan-Ruso de Soviets. Seis meses atrás, el primero había surgido con una presencia bolchevique solo testimonial, y ahora 390 de sus 670 delegados pertenecen a su partido o son aliados suyos, agrupados en el ala izquierda del SR presidida por Maria Spiridonova, si bien unos 300 carecen de respaldo democrático efectivo. El orden del día otorga la palabra a Martov, y cuando diga que “la cuestión del poder político está siendo zanjada por un complot militar”, el clamor de abucheos e insultos le impide seguir. Volviéndose hacia la Mesa, su “señor presidente, me voy” es respondido por este con un “yo también”, y el 40% de los delegados les imita. Trotsky duerme en una habitación contigua, tras días de no hacerlo, y, al ser advertido de que la sala se está vaciando, sube a la tribuna para despedir a los antiguos camaradas mencheviques: “Renun-

ciar a nuestra victoria, compartir el poder ¿con quién? Estáis lastimosamente aislados, arruinados, superados. Id donde os corresponde, que es a la papelera de la Historia”.

Al día siguiente las noticias se agolpan. Los sindicatos de ferroviarios, carteros y radiotelegrafistas apoyan a Martov. Tras declarar Lenin al congreso que “la primera cosa es la paz”, en Berlín la orden de repatriar masivamente tropas coincide con una nueva transferencia de dos millones de marcos a la legación bolchevique en Estocolmo, que por primera vez desde abril no resulta vitalmente necesaria, porque Trotsky ha forzado las bóvedas del Banco Imperial y descubierto allí casi 800 toneladas de oro. En los meses ulteriores, la mayor aportación de Alemania a la Revolución será el *Kriegssozialismus* de Rathenau, un minucioso y vasto plan para resistir el bloqueo que Rusia adopta para frenar una hambruna derivada de otras causas.

En cuestión de horas surge un Consejo de Comisarios del Pueblo, el Sovnarkom, que ordena detener a liberales, mencheviques y eseristas relacionados con el Gobierno previo, para asumir “la lucha cons-



“Lenin vivió, Lenin vive, larga vida a Lenin”, se lee en el póster de propaganda soviética del ilustrador Viktor Semenovich Ivanov.



Maria Spiridonova

cientemente del revolucionario proletario contra el enemigo de clase”. Elije llamarse sovieta para evitar el matiz burgués de ministerio y gabinete, advirtiendo que gobernará “solo con quienes acepten nuestro programa”, como es el caso de Spiridonova, la comisaria de Asuntos Campesinos. Por otra parte, el 17 de noviembre, cuando lleva dos semanas gobernando, ocho de los quince comisarios anuncian su dimisión si el resto insistiera en un régimen de partido único: “Solo un Gobierno compuesto por todos los partidos socialistas consolidará la victoria, y en otro caso no habrá camino distinto del terror político”.

Para Lenin, autodefinido como “jacobino consciente de clase”, resulta tan absurdo como peligroso ignorar que el terror es el único atajo hacia la virtud pública en épocas de revolución. No obstante, la carta de los ocho comisarios contribuye a que, una

Victor Chernov



semana después, las elecciones a miembros de la Asamblea Constituyente transcurran sin irregularidades graves, dando al pueblo ruso la primera, y hasta 1991, última oportunidad de manifestarse mediante sufragio universal secreto. El Sovnarkom, que sigue llamándose Gobierno Provisional hasta entonces, depende jerárquicamente de un Politburó que representa al Partido, cuyos miembros son unánimes en sentirse “voz de las masas e instrumentos de la necesidad histórica”.

#### EL PROGRAMA INICIAL

Coordinando “propaganda dirigida al cerebro con agitación dirigida al corazón”, el AgitProp multiplica por mil las bases bolcheviques en seis meses, y triunfa en las urnas de medios urbanos y el frente. Aun así, en diciembre de 1917 el apoyo popular se concreta en 9.800.000 sufragios, que solo arrasan comparados con los obtenidos por liberales y mencheviques. Casi el doble, un 41 % del total, logra el Partido Social revolucionario o eserista de Víctor Chernov (1873-1952), que representa al “neopopulismo” y ha sido salvado en verano de una turba linchadora bolchevique por el propio Trotsky. El SR era con mucho el más corto en recursos financieros, pero Lenin cultiva el hecho consumado mientras Chernov insiste en que “cualquier cambio solo puede llegar más adelante, cuando el pueblo se pronuncie”, y ese respeto por el albedrío ajeno le depara apoyo suficiente para formar muy diversos gobiernos de coalición, incluso prescindiendo por completo del PC.

Semejante catástrofe se aborta creando la Comisión de Emergencia contra la Reacción y el Sabotaje (Cheka), pensada para “no ceder un milímetro” en los cinco puntos de noviembre, que son nacionalizar la banca, expropiar los bienes eclesiásticos, traspasar el control de cada empresa a su sovieta, repudiar la deuda externa e introducir la jornada de ocho horas. En *El Estado y la revolución* prometió que nacionalizar “se hará respetando

hasta el último céntimo de *los depósitos*”, e incautarlos sin excepción provoca una oleada de suicidios que hubiera podido cuantificarse de no coincidir con el restablecimiento de la censura y un decreto sobre medios impresos:

La así llamada “libertad de prensa” sería una simple devolución de las imprentas y el papel a los capitalistas, envenenadores de la mente popular, abandonando una de las conquistas más importantes de la Revolución [...]. El Gobierno de obreros, soldados y campesinos ha nombrado una Comisión Investigadora llamada a descubrir los nexos entre el capital y los periódicos, las fuentes de sus fondos y rentas, la lista de sus suscriptores y cualquier otro aspecto del negocio editorial. Ocultar libros de cuentas y cualquier otro documento, o prestar falso testimonio ante la Comisión, será castigado por un tribunal revolucionario (Lenin, *Obras completas*, volumen 26).

Amigos cercanos y prestigiosos como Gorki ven en esta iniciativa algo análogo a una borrachera de mando,<sup>1</sup> y Martov, “un Gobierno de obreros, soldados y campesinos donde no ha y un solo obrero, soldado o campesino”. Sea como fuere, el giro autoritario solo puede considerarse un cambio en el caso de Trotsky, pues Lenin nunca aceptó el criterio una persona un voto. En septiembre dijo que “la lucha de los partidos políticos por el poder puede seguir cauces pacíficos, si los soviets se tornan plenamente democráticos”, pero la ventaja del sistema soviético es justamente no condicionar la redención de las masas a “formalismos burgueses”, como recuentos o acreditaciones, y pronto aclara que el soviets de cada empresa estará “guiado siempre” por el representante del Partido.

Ambos líderes coinciden en emancipar el proceso revolucionario de la democracia garantista, y el apoyo de Trotsky a Lenin es decisivo para que la rendición exigida por Alemania se acepte sin condiciones en abril. Como ambos han precisado, los

cinco puntos de noviembre son el prólogo para que el valor de uso se sobreponga a las tiranías del valor de cambio, lo que significa pasar de las finanzas a un trueque favorecido por “dinamitar” el papel moneda con emisiones gigantescas. El mundo libre del dinero quedará en proyecto, según veremos; pero la sociedad comunista pasa en cualquier caso por independizar la ley del derecho, emancipando al nuevo legislador de una esfera consuetudinaria centrada en moderar con ecuanimidad y reglas de procedimiento la fuerza bruta llamada por Roma *merum imperium*. El Lenin que protestaba en julio por un registro de su domicilio sin exhibir la orden del juzgado es en diciembre quien sanciona las “comisiones extraordinarias”, antes que deciden y ejecutan en secreto todo tipo de sentencias, incluyendo la capital.

*1. Avances depurativos.* Coincidiendo cronológicamente con el Decreto sobre Prensa (26/10/1917), el relativo a la tierra suprime “toda propiedad privada territorial de inmediato y sin compensación”, prohibiendo la compraventa de parcelas y el empleo de asalariados. Esto otorga en principio facultades ilimitadas al mir de cada circunscripción, y añade que “cualesquiera terrenos, rebaños y edificios se transfieren a los soviets comarcales hasta reunirse la Asamblea Constituyente”. Con todo, dicha reunión se retrasa hasta el 4 de enero, y al día siguiente sus 730 delegados topan con una orden de disolución reforzada por unidades de la Cheka, que aparecen por primera vez con sus característicos abrigos de cuero negro para disparar sobre quien proteste.

“Si la Asamblea no estuviese dominada por reaccionarios”, explica entonces Lenin, tampoco se habría resistido a empezar firmando su “Declaración de Derechos del Pueblo Trabajador y Explotado”, un documento escrito a medias con Bujarin. Por lo demás, el rasgo más original de dicho texto es que entre los derechos del explotado no figuren las libertades reconocidas desde 1789,



comprimiéndose todos ellos en usar cualquier medio conducente a la victoria mundial del socialismo. Parejamente novedoso, por borrar la frontera entre esfera militar y civil, es lo previsto en letra pequeña por el apéndice 4 de la Declaración: “Se instituye el reclutamiento laboral universal, para abolir las secciones parasitarias de la sociedad”.

Aunque expropiara sin compensación, el Decreto sobre la Tierra fue tolerado e incluso celebrado por algunos, al interpretarse como delegación de la reforma agraria en los propios campesinos, cumpliendo la promesa hecha por el SR desde su fundación. Todo lo contrario provocó el decreto paralelo sobre Comunas de Consumidores, en virtud del cual “la compra, venta y transporte de

La resistencia activa y pasiva impone a Lenin multiplicarse a lo largo de febrero, enviando telegramas a comisarios provinciales y comarcales que cristalizan finalmente en un texto estándar: “El sabotaje debe terminar. Ahorcad públicamente como mínimo a 100 granjeros ricos, bastardos opulentos y sanguijuelas reconocidas.”

productos sin permiso expreso de los comités de suministro se castigará con trabajos forzados”. Lenin supuso que promover la lucha de clases en el campo haría más aceptable ese veto al comercio, pero más bien creó un espíritu de cuerpo desconocido hasta entonces, y el mir siguió redistribuyendo parcelas y pastos como solía. En vez de salvoconducto para perseguir al próspero, el campesino exigió que le fuese devuelto el derecho a intercambiar sus productos, y su pulso con el Gobierno será el asunto crucial de los próximos cuatro años.

Tradicionalmente, el país estaba mal abastecido no solo de fruta y leguminosas, sino de huevos, lácteos, carne y pescado, dependiendo en medida inusual del centeno y la avena, que en las provincias centrales concentraban hasta cuatro quintos de la dieta. El trigo empezó a sembrarse en grandes extensiones desde principios del siglo XX, y la introducción de patata y remolacha se demoró también mucho, en gran medida por falta de actitud emprendedora. De ahí que el gran logro de Stolypin fuese crear una clase media rural, pues hasta entonces ni siquiera las llamadas tierras negras, las más feraces, se explotaban de modo acorde con ello, al elegirse normalmente el cultivo menos laborioso. Para el segmento emprendedor resultó trágico que, al poco de nacer, cuando empezaba a competir en productividad con los granjeros de Europa occidental, su progreso se viese cortocircuitado por la orden de “abandonar los intercambios individuales”, sugerida por un escritor alemán siete décadas antes. Más trágico aún fue que en enero irrumpiesen los primeros destacamentos de requisita, cuya “brutalidad” provocó los primeros roces graves entre Lenin y Spiridonova.

Dos semanas después de prohibir el comercio agrícola, mientras la disolución de la Asamblea Constituyente sigue provocando disturbios y tiroteos en Moscú y en Petrogrado, un decreto deroga la propiedad de inmuebles urbanos, arbitrando el plazo

de 24 horas para abandonarlos o compartirlos, en ejecución de la campaña Paz en las Chozas, Guerra a los Palacios. Diez días más tarde, un tercer decreto convierte a los guardias rojos en Ejército Rojo, estimulando el reclutamiento con cebos alimenticios, y antes de que enero termine las noticias del campo empeoran dramáticamente. La resistencia activa y pasiva impone a Lenin multiplicarse a lo largo de febrero, enviando telegramas a comisarios provinciales y comarcales que cristalizan finalmente en un texto estándar: “El sabotaje debe terminar. Ahorcad públicamente como mínimo a 100 granjeros ricos, bastardos opulentos y sanguijuelas reconocidas.”

Entretanto, Alemania se impacientaba por el retraso de la rendición, desbanda al recién nacido Ejército Rojo con su Operación Guantazo y pone a Lenin en la más delicada tesitura de su vida política. Haberla dedicado por entero al Partido no le defiende de tener que amenazar con la dimisión a los camaradas del Comité Central, donde solo el voto del renuente Trotsky le salva de un crecido Bujarin. Spiridonova no resiste el impulso de “comprometer al Gobierno con un giro resueltamente revolucionario”, y lanza una campaña terrorista centrada en funcionarios alemanes que mata entre otros a su embajador, cuando Lenin depende todavía crucialmente del Reich. Esto le obliga a presentar embarazosas disculpas, que incluyen condenarla a muerte y castigar con distintas penas a miles de eseristas, perdiendo de paso la última apariencia de un Gobierno no circunscrito a los bolcheviques.

El tratado de Brest-Litovsk termina de abrir la caja de los truenos, deparando a los Aliados no pocos generales rusos dispuestos a reconquistar físicamente el país, que antes de concluir la primavera atacan por el este, el sur y el noroeste. Desde entonces hasta finales del verano, Alemania sueña con forzar un armisticio en condiciones favorables, y los bolcheviques temen el final de una contienda que tanto contribuyó a su triunfo,

pues cualquier vencedor definitivo amenaza la continuidad de un régimen que, de momento, sustituye las tiendas por economatos desabastecidos. Sin embargo, rechazará el asalto de esos ejércitos, sobreponiéndose incluso a que la parte no cedida a los alemanes del tesoro imperial caiga transitoriamente en manos enemigas, por un concurso de circunstancias donde unos historiadores destacan factores impersonales y otros el heroísmo subjetivo.

Con tropas inicialmente mínimas, Pizarro, Cortés y Clive pusieron a los pies de sus monarcas un imperio gigantesco. Lenin y Trotsky consuman la misma hazaña al servicio de un ideal eugenésico, cuya dificultad aparentemente insuperable era crear la dictadura del obrero industrial en un país donde apenas alcanzaba el 2% del censo, pues Marx había establecido que solo él, no el campesino ni el lumpenproletario o el pequeñoburgués, está llamado a abolir la propiedad privada y el comercio. En Occidente, los obreros industriales abundaban mucho más, y comicios periódicos ponían de relieve que su deseo mayoritario no era abolir dichas instituciones; pero Lenin y Trotsky sirven a las masas decidiendo por ellas, y demuestran que el debate sobre formas de gobierno puede ser aplazado *sine die*.

#### EL COMUNISMO DE GUERRA

El estado bélico afectó poco el programa aprobado en marzo 15, cuya principal novedad fue declarar abiertamente que “prescindiría del dinero como unidad de medida”. En una sociedad donde la vivienda es ya gratuita, y el pueblo cubre sus necesidades con vales de alimentación, vestuario y esparcimiento, el medio corruptor por excelencia resulta anacrónico, y el Gobierno castiga a sus “lacayos” con una hiperinflación creada ex profeso para subrayar su naturaleza de papel inmundo. Reaparece la naturaleza “impura” del dinero, que había sido planteada como tal por la secta esenia, origen de los bautistas y ebionitas aleccionados por el Sermón de la

Montaña, y se mantuvo vigente para los campesinos comunistas del Renacimiento.

Por otra parte, el triunfalismo no sopesa los problemas derivados de seguir importando bienes, ni las deficiencias del vale como unidad contable, que, sumadas a la imposibilidad de pagar los productos agrícolas con algo válido para el productor, impone pasar de la destrucción del rublo a la creación de un rublo fuerte poco después. Persistiendo en la política de raciones, el Sovnarkom aprueba medidas complementarias al decreto sobre comunas de consumidores, para establecer que “al menos dos tercios de las familias acogidas [al racionamiento] pertenecerán a las clases no afluentes”.

Inmuebles y hasta rebaños no tienen ya la condición de bienes privados, ni en el campo ni en la ciudad, pero perder la condición de propietario no borra el estigma de haberlo sido, y en el futuro esos individuos tendrán media ración o ninguna. Su fundamento filosófico reside en que abjurar de credos previos no es suficiente cuando la conciencia viene troquelada por el ser social, y el mero contacto físico con la clase explotadora corrompe. La única alternativa es una “reeducación” larga, costosa y de resultado incierto en campos de trabajo, lo cual descarta esa vía hasta concluir la guerra civil. Como observa entonces H. G. Wells desde Londres, si la cepa indeseable no puede esterilizarse, habrá de ser eliminada.

El rigor experimenta un nuevo giro de tuerca tras el atentado a Lenin del 18 de agosto, que le deja con un tiro en el brazo

levantado para protegerse y otro en el cuello, demasiado próximo a la columna para ser extraído de momento. El temor a nuevos sicarios sugiere evitar hospitales, y desde un refugio dicta a Sverdlov y Dzerzhinsky las directrices del Terror Rojo, lanzado de modo oficial por la *Gaceta* del Ejército el primero de septiembre, que toma ante todo en consideración “los orígenes de clase”. Durante las ocho semanas siguientes, esa campaña extermina entre 50.000 y 200.000 personas, empleando a veces recursos espeluznantes que el lector con agallas puede precisar a través de diversas fuentes. Kamenev y Bujarin lamentan “esa deriva hacia el terrorismo”, pero Lenin saca adelante una prohibición de “difamar a la Cheka”, entendiendo que “un buen comunista es también un buen chekista”.

Desde el verano a principios del año siguiente, la atención del Sovnarkom se concentra en resistir un avance de los ejércitos blancos que parece incontenible y no va a serlo, debido a circunstancias bien documentadas en las que evito entrar por razones de espacio. Sobre aquellas hostilidades basta quizá tener presente que la energía de Trotsky se revela otra vez decisiva, no tanto como estrategia, sino porque unifica la respuesta en los diversos frentes, y logra asegurar a todo soldado que un paso atrás significa la muerte, no solo para él, sino para sus familias. Una a una, las batallas decisivas las gana un profesional como Mikhail Tukhachevsky (1893-1937), cuyo genio militar acabará siendo premiado por Stalin con tortura y ejecución.

*1. El nuevo sentido del trabajo.* A principios de 1919, cuando la contienda empieza a inclinarse hacia el bando rojo, Lenin retoma su papel de guía eugenésico y publica el artículo “¿Cómo organizar la competencia?” para demostrar que el colectivismo no está reñido ni con la autonomía personal ni con el rendimiento:

Solo ahora llega la oportunidad de desplegar la iniciativa audaz y competitiva de la

Inmuebles y hasta rebaños no tienen ya la condición de bienes privados, ni en el campo ni en la ciudad, pero perder la condición de propietario no borra el estigma de haberlo sido, y en el futuro esos individuos tendrán media ración o ninguna.

empresa auténtica, que es la soviética. Por primera vez es posible *trabajar para uno mismo*. En Rusia hay recursos para satisfacer las necesidades de todos, con tal de que el trabajo y sus productos se distribuyan apropiadamente; con tal de que se establezca un control práctico, como el de los negocios (*Pravda*, 13/1/1919).

Lo innovador de este texto es readmitir la doble acepción del término “competencia”, maestría y emulación, excluida del discurso comunista desde que Owen definiera la cooperación como “actividad no competitiva”. Ahora resulta compatible con la sociedad revolucionaria, pues toda clase de procesos competitivos resultan útiles si se toman precauciones contra la reacción:

Los soviets deben ponerse a trabajar más audazmente, desplegando mayor iniciativa. Todas las “comunidades” —fábricas, aldeas, sociedades de consumo y comités de suministro— deben *competir* unas con otras como organizadores prácticos en la contabilidad y el control del trabajo, y en la distribución de los productos. El programa es simple, claro e inteligible: todos deben tener calzado y buena ropa, todos domicilios calientes, todos trabajarán a fondo; no se permitirá que esté en libertad una sola sabandija (incluyendo a quienes regatean su esfuerzo). Hay miles de formas y métodos prácticos de vigilar y controlar a los ricos, logrando así la meta única de *limpiar* el territorio ruso de cualquier gusano o moscardón.

Calzado, ropa y calefacción no dependían hasta ese momento de una limpieza étnica, pero la dictadura proletaria lo ofrece a cambio de “lealtad inquebrantable”. Un mes más tarde, al dictar la normativa sobre suministro y distribución de alimentos, Lenin recuerda que las cooperativas creadas y por crear “no son comunas hasta haber confiscado el excedente de campesinos ricos y medios”, ya que tierras y rebaños dejaron de ser

Nadie podrá abandonar el puesto asignado, sustituirlo por otro o desplazarse sin permiso firmado por varias autoridades, merced a un reclutamiento laboral que borra la frontera entre parques públicos y cuarteles: el modelo idóneo, como acaba de declarar Lenin, es un campamento castrense.

suyas nominalmente, aunque el sabotaje de los mir sostiene en la práctica el régimen previo. La contrapartida “dialéctica” para el fomento de la iniciativa personal es un decreto que fija salarios para todo tipo de profesiones y áreas del país, sincronizando la militarización de sus respectivos oficios con la noticia de que al fin todos pueden trabajar para sí mismos. Su jornada se retribuye con vales de economato “ajustados al entusiasmo laboral”, castigándose la desidia como sedición.

En 1845, al redactar *La ideología alemana*, Marx y Engels postularon que “en la sociedad comunista cada cual no tiene acotado un círculo exclusivo de actividad, y puede desarrollar sus posibilidades en la rama que mejor parezca”. Ahora resulta que nadie podrá abandonar el puesto asignado, sustituirlo por otro o desplazarse sin permiso firmado por varias autoridades, merced a un reclutamiento laboral que borra la frontera entre parques públicos y cuarteles: el modelo idóneo, como acaba de declarar Lenin, es un campamento castrense. El dinero se ha relegado a formalismo, y las expectativas de promoción se ciñen al volumen de las raciones concedidas por el Narkomprod, la oficina de abastos. La unión de ferroviarios o Vikzhel, único sindicato de alcance nacional, ha sido desmantelada por negarse al régimen de partido único, y el obrero “renuncia a todos los derechos conquistados bajo el zarismo, incluyendo el de elegir representantes y el de huelga”.

Al año de precisar que la empresa soviética “debe establecer un control práctico como el de los negocios”, para aprovechar su “iniciativa audaz y competitiva”, el estado de cosas está lejos de ofrecer algún excedente, y Lenin arbitra que “no alimentaremos a quienes no trabajen en empresas u oficinas soviéticas”, pues llega el momento de “imaginar en qué sistema lograremos tener menos cupones de comida”. Al extender la jornada común de seis días semanales a la Comisión Estatal Planificadora explica: “Dimos buenas raciones a los científicos, y conviene dejar que suden un poco; alimentemos solo a los buenos trabajadores”. De él dependen todas las situaciones comprendidas entre el hartazgo y la inanición, y recapacitando sobre los deberes del buen camarada constata que “el término “socialdemócrata” dejó de ser teóricamente correcto, pues llamamos comunismo al sistema bajo el cual las personas cumplen sus deberes sociales sin necesidad de aparato coercitivo, y el trabajo no remunerado por el bien público se ha convertido en fenómeno general”.

El Decreto sobre Raciones de 1919 lo anticipaba, precisando que “los únicos comunistas actuales son los *subbotniks* (esto es: quienes trabajan más allá de la cuota fijada por la autoridad), un fenómeno insignificante al comienzo que se disemina y encuentra la simpatía de las masas”. Hasta que el resto adopte su criterio de renunciar a días libres y vacaciones, “comprobamos que los gérmenes del socialismo son todavía muy débiles, y las viejas formas económicas dominan abrumadoramente”. Poco después, en una adenda a la Reglamentación sobre Voluntarios Laborales, observa que “los *subbotniks* son una forma de propaganda para las ideas de trabajo obligatorio y auto-organización de la clase trabajadora [...] que debe crearse para tareas importantes y urgentes”.

La voluntad de trabajar “más allá de la cuota” puede, pues, promulgarse allí donde convenga y ser mantenida por intimidación, “reprimiendo cualquier resistencia

con una brutalidad que no se olvide durante varias décadas [...] Cuantos más recaltrantes logremos ejecutar, mejor”. Furioso y estupefacto al enterarse, Churchill redacta y publica algo después su notable artículo “*Sionismo contra bolchevismo, la lucha por el alma del pueblo judío*”, donde define el programa marxista como “reconstrucción social basada en desarrollo detenido, envidiosa malevolencia e imposible igualdad”.

Pero intelectuales del mundo entero y muchos próceres ingleses del momento plantean la revolución bolchevique como “un movimiento de masas inspirado por una ola de entusiasmo inmenso [...] donde todo se subordina a un ansia de paz y rebelión frente a la autoridad”. Lo mismo pensaba Bertrand Russell antes de visitar el país ese año, para descubrir entonces que “no se encuentra allí a un solo comunista por casualidad”. El prestigio bolchevique es sin duda superior fuera, pues de puertas adentro “resulta impensable que algún sistema de elección libre otorgue mayorías al Gobierno”.

**2. Labriegos y proletarios.** Por otra parte, “mayoritario” es el nombre registrado del Gobierno, que no puede ser más brillante en términos de marketing político, gracias a un aparato de propaganda tan superior al de cualquier otro país como superior es la proporción de sus ciudadanos dedicada a funciones de espionaje. Sus técnicas de dominio representan un salto en cantidad y calidad que hace innecesario el respaldo electoral, suplido por el terror en una esfera y el monopolio informativo en la otra, hasta transformar el discurso público en un bloque autorreferencial de consignas pensadas para crear reflejos automáticos. Ni la oposición política ni la armada representan obstáculos, y el único adversario de relativa entidad es “lo indiferente de la naturaleza a las relaciones públicas”, algo que en su caso impide convencer o siquiera intimidar en medida bastante al sector rural, donde viven ocho de cada diez rusos.

Marx contempló al rústico con una mezcla de lástima y recelo, porque ser explotado no le curaba de estar inmerso en “la alienación individualista del propietario”, determinando que su único sentido histórico sea alimentar al proletariado mientras desaparece él mismo, convertido en miembro de fábricas agrícolas colectivizadas. De ahí que los escritores *narodniki* mantuvieran un recelo desenraizable ante el Diamat, y también el esfuerzo de Lenin por atraerse al populista con su panfleto *¿Qué hacer?* (1903), donde propone no pasar por la fase de industrialización encomendada a la burguesía, pues la diferencia entre Rusia y el resto del mundo es, a su juicio, la existencia de un campesinado comunista (“revolucionario o semi-proletario”). No obstante, han transcurrido tres lustros desde aquella publicación, colmados de éxito por lo que respecta a concentrar el poder coactivo, y ser invitado a recibir no ya amnistía sino medallas por colgar kulaks de los árboles, sigue sin lograr que el labriego comunista haga acto de presencia.

Al contrario, en las inmensidades del agro los decretos del Sovnarkom resultan ignorados y rechazados, hasta el extremo de que todavía en 1922 “muchos aldeanos pagan a los antiguos dueños la renta de tierras que les correspondieron a ello en el reparto”. Tanto les encolerizan las requisas que prefieren sacrificar a sus animales domésticos antes de cederlos o ver incautada la leche, la lana y el cuero. Expectantes al principio, su situación se torna crítica al disponer Lenin que los recaudadores estatales serán castigados si no incautan en cada zona cantidades precisas, calculadas básicamente por él mismo, cuando el rublo vale 60.000 veces menos que en 1917 y, un año después, 60 millones de veces menos.

A finales de 1918 Lenin declara que “el Congreso expresó el deseo de ver completamente eliminada cualquier influencia del dinero sobre las relaciones entre unidades económicas”, para crear así el “oasis no mercantil prometido”, y siguiendo su di-

rectriz empezó a elaborarse un presupuesto extramonetario, cuyo problema crucial fue “encontrar un denominador común en unidades de trabajo”. Semejante magnitud se resistió a los esfuerzos de diversos contables, e incluso de algún matemático eminente, siendo sustituida por balances sectoriales de bienes importados y exportados en cada centro fabril, cuyo retorno al intercambio directo de materias se celebró como “cristalización del trueque científico”, aunque ninguno de los aplicados a la tarea se hiciera ilusiones sobre su exactitud. Para seguir dicha senda, el principal estímulo era la propia hiperinflación creada por Lenin, “que parecía hacer inevitable el fin del dinero”, pero antes de lanzarse al presupuesto extramonetario, el Sovnarkom opta por crear el *chervonets*, una valuta impresa en billetes para uso interno, y amonedada en oro para comprar divisas o pagar importaciones.

En cualquier caso, ni el rublo antiguo ni ese rublo fuerte, cambiado por 60 millones de los antiguos, otorgan capacidad adquisitiva al productor rural, que incluso renunciando a matar su cabaña por rabia tampoco puede sostenerla con ninguno de esos dineros. De ahí que en 1920 el ganado bovino haya perdido un 50 % de su peso, que el de cerda desaparezca prácticamente y que la superficie cultivada se contraiga a un tercio. Evitando informar al país sobre la catástrofe que eso anuncia, Lenin oscila entre una denuncia de la contumacia campesina

En cualquier caso, ni el rublo antiguo ni ese rublo fuerte, cambiado por 60 millones de los antiguos, otorgan capacidad adquisitiva al productor rural, que incluso renunciando a matar su cabaña por rabia tampoco puede sostenerla con ninguno de esos dineros.

y llamamientos a su cooperación, entendida como línea de crédito para el experimento colectivista: “Los billetes que se os dan por vuestro producto certifican que habéis hecho un préstamo al Estado. Y si hacéis ese préstamo, el obrero podrá rehabilitar la industria. ¡No hay otro camino!”.

Al día siguiente, inaugurando un congreso de cooperativas y sindicatos, declara que “nuestra gestión en materia alimentaria este año ha sido un gran éxito comparada con la del año anterior”, según prueba el hecho de requisar cuatro veces más producto agrícola que en 1918. Los reaccionarios intentan confundir la escasez con un fallo del sistema, pero el pueblo debe tener presente que “no hay término medio entre dictadura de la burguesía y dictadura del proletariado”. Una de sus consecuencias es la propia noción “excedente de grano”, que no parte de calcular las necesidades del agro, sino las del resto. Un aplauso atronador le interrumpe tras decir: “¡La libertad para traficar con el grano sería el retorno a una lucha salvaje entre personas, dictada por el provecho!”.

Luego, “tan pronto como la industria se restaure, haremos todo lo preciso para que el campesino disponga de las manufacturas urbanas precisas”, pero la industrializa-

ción resulta prioritaria para defendernos del enemigo exterior e interior”. Dirigiéndose a la ejecutiva del Congreso de Soviets, ha precisado algo antes que “esta tarea ha de resolverse por métodos militares absolutamente despiadados, suprimiendo absolutamente cualesquiera otros intereses”. Por otra parte, el espíritu de lucro no es solo una rémora del ayer, sino algo estimulado de modo excepcional por las circunstancias. Aunque sea de modo indirecto, él mismo reconoce que la situación no es precisamente el contraste entre la serenidad civilizada de una mayoría y el salvajismo de una minoría adicta al atesoramiento, e inmediatamente después de denunciar la guerra dictada por el egoísmo, añade: “Esta primavera y este verano el trabajador urbano obtuvo aproximadamente la mitad de su comida del Comisariado de Alimento, y hubo de comprar el resto en el mercado abierto, que en Moscú es el de Sukharevka, enriqueciendo a estraperlistas y acaparadores”.

Cabría imaginar que el problema es esa supuesta mitad, pero el discurso no aborda dicho asunto ni antes ni después, confirmando lo irrelevante del aspecto numérico: los acaparadores intoxican a la sociedad, los proletarios son fuente de salud y el resto deberá adaptarse a esa ley del progreso. Es preciso, concluye, distinguir “algo sencillo como cambiar de Gobierno con erradicar hábitos seculares y milenarios, pues esto segundo exigirá décadas de trabajo organizado”. Para lograr el cambio de mentalidad procede un reparto selectivo, cuya “prioridad es privar de filetes a una categoría de trabajadores, para dárselos como bonificación a los trabajadores de “choque.” Qué hacer con los escasos filetes exhuma irónicamente la crítica de Marx a Malthus y Darwin, basada en afirmar que la lucha por la vida es una crueldad evitable, cuando basta sustituir la libre iniciativa por un sistema de producción y distribución planificada.

Hasta que la fábrica soviética demuestre sus ventajas sobre cualquiera de las

Inaugurando un congreso de cooperativas y sindicatos, declara que “nuestra gestión en materia alimentaria este año ha sido un gran éxito comparada con la del año anterior”, según prueba el hecho de requisar cuatro veces más producto agrícola que en 1918. Los reaccionarios intentan confundir la escasez con un fallo del sistema, pero el pueblo debe tener presente que “no hay término medio entre dictadura de la burguesía y dictadura del proletariado”.

ensayadas, poner los bienes en común ha empezado evaporándolos, y a esa paradoja se añade que planificar sea la apuesta más incondicional por el criterio elitista. Producir y distribuir aprovechaba antes una información acumulada por millones de individuos, experto cada cual en cierto campo, que se servían de los cambiantes precios como el navegante de faros y bengalas. Cuando uno solo, o quince subordinados, como los que componen el Consejo Económico Supremo pasa a fijarlos por decreto, transformando todas las empresas económicas en dependencias del Gobierno, dicho conocimiento y cualquier tipo de contabilidad fiable desaparecen, “porque sin formación de precios no hay cálculo económico”.

Sin embargo, los inconvenientes más ostensibles, que el contable no pueda cuadrar balances, y el legislador económico sea juez y parte, derivan a su vez de algo tan innegociable como el primado de la praxis sobre el mero análisis, una certeza independiente de situaciones particulares. Tomándose la licencia de convertir su isla comunista en un territorio tridimensional, Tomás Moro escribió en cierto momento que “esto demuestran los hechos en Utopía”. Ahora la utopía ha dejado de serlo, y empieza a vislumbrarse qué demuestran los hechos en suelo ruso.

Como las importaciones cesaron prácticamente desde 1918 a 1924, cuando el Tratado de Rapallo empezó a rendir sus frutos, y seguía siendo esencial pagar bienes y servicios foráneos, el Sovnarkom abandonó su proyecto de superar el dinero creando el ya mencionado *chervonets*, cuya acuñación recurrió a la picaresca de troquelado con la efigie del zar asesinado, como si fuese moneda de 1911. La última emisión quedaría en parte sin suscribir, porque el retorno parcial al patrón oro acordado en la Conferencia de Génova limitó el movimiento de este metal a lingotes de unos catorce kilos, y el remanente en piezas se confió “al servicio de inteligencia para operaciones secretas en el exterior”. A fi-

nales de 1921, coincidiendo con el nacimiento de la propia URSS, surgió un Gosbank encargado de prestar a empresas industriales y comerciales “cuando sean solventes y su financiación económicamente justificada”, si bien la inexistencia de ahorro privado impuso recurrir exclusivamente a capital monetario, algo hasta entonces impensable en términos de racionalidad económica.

Ni siquiera reducir el salario a cupones de ropa y vestuario permitía hacer frente a la importación de equipo, y que la industrialización pudiese siquiera plantearse dependió de contar con reservas de oro proporcionales a un noveno de la tierra firme. Rusia era antes de la Primera Guerra Mundial el cuarto productor mundial; desde la Segunda Guerra Mundial se consolidó como el segundo, y extraer al año una media superior a cien toneladas fue su salvavidas, ampliado por espléndidas reservas de gas, petróleo, metales y minerales, que permitieron prolongar la égida bolchevique a pesar del galimatías creado por precios y costes solo supuestos. Sin embargo, sobraba un amplio sector de los vivos, en parte porque era un conjunto de agentes infecciosos, y en parte porque abolir el comercio no permitía sostener su existencia. Para acabar de asegurarlo estaba la confianza de Lenin en que requisar y expropiar inauguraría la plétora o cuerno de la abundancia: “Beneficiaos del público capitalista, arrestad a cincuenta o cien de los mayores millonarios [...] hasta que revelen los resortes ocultos, las prácticas fraudulentas, la ruindad y la codicia que incluso con el nuevo Gobierno le cuestan al país millones cada día. ¡Esa es la principal causa de nuestra anarquía y ruina!”.

#### LA EVOLUCIÓN DEMOGRÁFICA

Cuando Nicolás II se lanzó a la Gran Guerra su país rondaba los 180 millones de habitantes, y en el conflicto murieron más de cuatro, entre el 1,8 y el 2,2 % de su población, un récord en números absolutos, aunque para nada en términos comparativos.

Desde el fin de la guerra civil hasta 1926 la población rusa pasa de unos 170 millones a 131.304.931, según el censo oficial de ese mismo año. Pierde, por tanto, diez veces más habitantes que entre 1914 y 1920, un fenómeno sin paralelo en los anales de la demografía.

Serbia y el Imperio otomano fueron castigados con el 16 y el 14% respectivamente, padeciendo también tasas bastante más altas Francia, Alemania, Italia y Austria-Hungría. Al firmar el armisticio, Rusia tenía unos 175 millones de habitantes, y su posterior guerra civil (librada ante todo durante el periodo 1919-1920) se cobró unos tres millones más de víctimas.

No obstante, desde el fin de la guerra civil hasta 1926 la población rusa pasa de unos 170 millones a 131.304.931, según el censo oficial de ese mismo año. Pierde, por tanto, diez veces más habitantes que entre 1914 y 1920, un fenómeno sin paralelo en los anales de la demografía, cuyas tinieblas se disipan atendiendo a precisiones ofrecidas por el propio Lenin. Tras la Conferencia sobre Papel y Tareas de los Sindicatos recién mencionada, su siguiente alocución, inaugurando el VIII Congreso Pan-Ruso de Soviets (28/12/1920), es un modelo de optimismo, autocomplacencia y datos sobre los medios de vida disponibles para su pueblo:

El férreo liderazgo del proletariado le salvó de la explotación, y el éxito tremendo de nuestra política deriva de nuestra habilidad para convencer a los campesinos [...] Entre agosto de 1916 y agosto de 1917 se obtuvieron 320 millones de poods de grano. El año siguiente 50 millones, el posterior 100 y el año pasado 200. Sobre estas cifras, 320, 50, 100 y 200, descansa la historia económica del Gobierno soviético.

Lenin independiza dicha historia de “dinamitar” el dinero en 1918, un hecho que impidió pagar al campesino en moneda satisfactoria para él, pero sus revelaciones compensan sobradamente esa omisión. Los *poods* de 1917 equivalen a unos cinco millones de toneladas métricas, que, distribuidas entre 170 millones de habitantes no superan los 90 gramos/día de harina. Es ciertamente muy poco sin disponer también de proteínas y vitaminas, aunque suficiente para una dieta de pan y agua. Lo atroz llega a finales de 1918, cuando el producto total no alcanza las 700 toneladas métricas, deparando lo equivalente a unos 13 gramos diarios.

Que la población no se desplome de inmediato a la sexta parte sería milagroso, de no mediar almacenamiento clandestino, un éxodo masivo desde las ciudades al medio rural y la reconversión del urbanista en jardinero, que cultiva plantas comestibles en pequeños huertos y hasta macetas. Conformándose con una dieta considerada inviable hasta entonces, parte de esos familiares supervivientes recibe también en secreto provisiones del agro, que cambia por rublos antiguos, joyas y ropa. Unos y otros van de aquí para allá cargando voluminosos bultos, donde almacenan lo enajenado y obtenido cada día.

En 1919 la cifra de grano requisada se dobla, deparando unos 30 gramos por persona y día que siguen siendo absurdamente insuficientes; en la cuenca del Valga incontables personas mueren de inanición, y el resto va adaptándose al “descenso general de vitalidad”. En 1920 las requisas doblan otra vez su cuantía, 60 gramos diarios por persona, pero es un éxito limitado a la Cheka, y el propio Lenin admite que “si ser un buen revolucionario solo revierte en dos onzas de pan al día no estaré muy contento”. Aprovechando la provocación de su viejo colega Pilsudski, que ha invadido Ucrania, prefiere huir hacia adelante y en mayo de ese año lanza a 800.000 soldados hambrientos sobre

Polonia, para abrir “un corredor hasta nuestros hermanos revolucionarios de Europa”. No le arredran la acusación de imperialista ni los albueros de un ejército cuya intendencia depende fundamentalmente del pillaje, y la aventura termina en una catastrófica retirada.

En febrero de 1920 dice a Stalin que la conquista de Georgia debe basarse en “lo sagrado de los pobres para nosotros”, y en abril reitera lo mismo a uno de sus generales en Chechenia, añadiendo que debe “mostrar del modo más enfático nuestra simpatía por los musulmanes, su independencia, etc.”. La táctica revolucionaria manda alimentar cualquier foco de insatisfacción, tomando como motor el resentimiento del pobre hacia el rico, si bien en Rusia la pobreza iguala ya a todos, los altos funcionarios simplemente no pasan hambre, y algo ha de hacerse para que el desastre material no siga creciendo. En noviembre, tras recibir a una comisión del sector “capitulacionista”, Lenin esboza una “Nota sobre el compromiso” donde se pregunta: “Cuando cedemos al asalto de un bandido, ¿estamos llegando a un acuerdo con él?”.

En ese momento se celebra el *tête a tête* de Lenin y Russell, a quien comenta que “estos dos años los campesinos han tenido más de comer que nunca, pero están contra nosotros”. No explica cómo podrían disponer de excedentes extraordinarios cuando son objeto de crecientes requisas, y les está prohibido vender sus productos, pues sumar las bajas de todas las guerras sostenidas por el nuevo régimen solo depara una pequeña fracción de la mortandad estimulada al prohibir el comercio, radicalizando el conflicto entre quienes quieren esconder y quienes quieren incautar. Víctor Serge (1890-1947), coordinador general de la Komintern, evalúa la situación diciendo: “Se impone un alto [...] Tras el flujo y reflujo de la guerra civil, un verano tórrido ha quemado las llanuras del Volga. Treinta millones de campesinos —entre ellos cinco millones de niños— morirán

lentamente de hambre si no se cumple algún esfuerzo colosal para salvarlos”.

Dicho esfuerzo lo asumen la American Relief Administration y otras instituciones filantrópicas occidentales, que durante el verano de 1922 reparten diariamente sopa y medicinas a 14 millones de hambrientos, aunque su auxilio no deja de llegar tarde, cuando 1920 y sobre todo 1921 se han cobrado ya lo previsto por Serge. La atrocidad de estado de cosas está a punto de producir un cúmulo de insurrecciones, imponiendo la Nueva Política Económica (NEP); pero es imprescindible decir algo sobre vida cotidiana y hábitos entre 1918 y 1921, un aspecto lógicamente no abordado por Lenin y la literatura oficial, para el que la ecuanimidad recomienda elegir testigos presenciales de ideario marxista, aunque no enmudecidos por censura o autocensura. El más conocido de ellos es H.G. Wells, un ferviente partidario de la eugenesia a gran escala, que vuelve de su visita en 1920 convencido de estar ante “la mayor debacle conocida por el género humano”.

*1. El escenario prosaico.* A efectos descriptivos es providencial también que en España e Italia estalle el llamado “bienio bolchevique” (1917-1919), creando una explosión de fervor cuyo principal efecto es acentuar la polarización entre socialistas democráticos y mesiánicos. En otoño de 1920, cuando el Politburó empieza a debatir la readmisión del comercio, siquiera sea a pequeña escala, está llegando a Petrogrado una delegación española del PSOE para decidir si se integra o no en la Komintern, que aspira a representar el movimiento obrero a escala global, y meses antes logró reunir en Moscú a unos 200 delegados de partidos y sindicatos, en su gran mayoría europeos. El adversario de la Komintern es la Federación Internacional de Sindicatos (FIS), conocida también como Internacional de Ámsterdam, un organismo nada dispuesto a identificar la causa obrera con el experimento bolchevique.

La FIS denuncia que la Komintern haya derogado todos los derechos laboriosamente conseguidos, empezando por el de huelga, y contempla con especial horror instituciones como las “brigadas de trabajo ejemplar”, donde las horas extraordinarias no se remuneran, y los campos laborales de concentración. Por su parte, el Manifiesto de la Komintern denuncia los estatutos tecnocráticos de la FIS como añagaza capitalista, oponiéndoles “un cuerpo homogéneo y disciplinado que proclama como suya la causa de la Rusia Soviética”. Reunir documentación sobre su programa es lo que el PSOE encomienda a Fernando de los Ríos, sobrino del fundador de la Institución Libre de Enseñanza y futuro ministro de la República, y a Daniel Anguiano, un perito mercantil leninista, cuyos respectivos informes espera un congreso convocado para adherirse o no a la Komintern.

Los delegados llegan “con dos bloques de manteca de seis kilos para Kropotkin, uno de ellos como recuerdo de su camarada español Ángel Pestaña”, pues los rumores dicen que está atravesando dificultades materiales. Su primera sorpresa será que los coches de segunda y primera se limiten al traslado de tropas y oficialidad, viajando el resto en coches de tercera “si son personas que disfrutan de algún favor”, como ellos, y los demás “en vagones de ganado donde cada cual se sienta sobre el suelo o sobre el saco en el que lleva sus ropas y provisiones”.

Cuando llegan a la antigua capital, el hecho de que su anfitrión tarde cuatro horas en presentarse permite a la delegación constatar cómo “casi todo el mundo lleva un saco a la espalda, que especialmente en señoras de alguna edad conlleva un gesto de fatiga o dolor”. Durante el prolongado trayecto solo pudieron beber algunos vasos de té, en los alrededores de la estación no hay nada parecido a “un restaurante, café o almacén de comestibles”, y un compañero de viaje les advierte que “es muy peligroso moverse sin la documentación especial requerida”. Está

cayendo la tarde cuando aparece el vehículo del Comisariado de Asuntos Extranjeros, un coche abierto que se avería al punto e impone esperar otras tres horas y media “bajo un temporal de nieve y aire helado”. A medianoche llegan al Hotel Lux, donde se alojan los invitados por la Komintern, y descubren con alivio que en la habitación les esperan “dos sardinas, dos trozos de pan, una buena ración de mantequilla y un vaso de té”.

El director del hotel es un coronel que se mueve con la pistola al cinto, “al que es necesario acudir para todo, incluyendo salir a la calle con algún paquete”; y en los tres pisos del edificio hay centinelas con fusil y bayoneta calada, así como una joven “con funciones fiscalizadoras y fines estadísticos”, a quien se entregan los vales y autorizaciones requeridos para moverse más allá del dormitorio. Aunque la temperatura ronde los diez grados el aire resulta mefítico por falta de ventilación, “al taparse todos los resquicios con masilla en vez de burlete”, y desde el primer día les escandaliza ver que la hermosa y analfabeta doncella encargada de su planta trabaja “casi descalza”. Cuando a través de un delegado rumano logran preguntarle por qué, contesta que su sueldo mensual de 4.000 rublos le impide comprar unas botas cuyo precio mínimo en el mercado negro es de 100.000.

Por lo demás, una vez cumplido el prolijo ceremonial de conseguir sus vales para las tres comidas, los delegados barruntan que cada uno disfruta “de un trato pantagruélico si se compara con el resto del país”, completado cada mañana con un paquete de cigarrillos, en un medio dispuesto para demostrar lo inesencial del dinero. Hay también una sala con diarios y revistas de Europa, “donde una joven anota el nombre del lector y qué ha leído”. La oficina del coronel-director obsequia asimismo con billetes para asistir al teatro o visitar museos.

Al tercer día, cuando esos desplazamientos permitan al grupo observar la ciudad, “diríase que toda clase de calamida-

des, incendio, guerra y peste, pasaron por allí. Los comercios han desaparecido, y pronto se advierte que su tránsito a otra vida fue entre convulsiones [...] pues hay rastros indudables de que pasó por ellos la cólera más encendida”. Las calles están sembradas de caballos muertos por la carestía del pienso, y “en vano se tratará de hallar un gato o un perro en Petrogrado o Moscú. Lo que sí hay, y en número incalculable, son cuervos”. La sensibilidad y las convicciones marxistas de ambos delegados reciben un golpe adicional al visitar el mercado clandestino de Petrogrado, el bazar de Zugaretzka:

La carne se ofrece en trozos colocados sobre guiñapos de color dudoso, a 1.500 rublos el medio kilo de la calidad más ínfima. [...] Allí hay un hombre de tipo señorial, alto y bien engabanado, que esconde unas veces y otras enseña unos menudillos de pollo. Al poco trecho se venden los huevos a 225 rublos pieza, y más allá hay un niño abrazado a su cabrita blanca y gris, ansiosa tal vez de que no se presente el comprador que le es absolutamente preciso. [...] Sobre bancos y mesas astrosas, mujeres y hombres res cubiertos de cochambre sirven a un público que, o se lanza voraz sobre cuanto hay, o da muestras de codiciarlo por la insistencia con que ronda y pregunta el precio. [...] Todos los vendedores están de pie, preparados para huir tan pronto se presente la policía.

El logro del que más se enorgullece el nuevo régimen es que todos tengan vivienda gratuita, aunque las casas habitables se han reducido a la mitad aproximadamente, debido a incendios, explosiones, robo de madera o simple desidia. De ahí que muchos vivan “en inmuebles espléndidos”, pero desprovistos de agua corriente y energía, donde “ninguna familia puede tener más de una

habitación”. Cuando De los Ríos visite a un ingeniero textil, pues su hermano le envía metálico y una carta desde España, la alborozada esposa le confía que “todo nuestro pensamiento se centra en lograr comer”. Viven en un antiguo palacio cuyos retretes están “cubiertos de telarañas” hace años por una avería general de la canalización, y los moradores acarrear baldes de agua “dolorosamente inútiles para lavar”, dada la falta de jabón. Tampoco funciona la calefacción, y cada cual debe encontrar y cortar leña para un hornillo que hace las veces de cocina y radiador.

Por lo demás, nadie expresa una opinión hostil al Gobierno. La familia visitada “agradece la lección de la historia que borró nuestros privilegios burgueses”, y quien más audaz se muestra en este orden de cosas es su paupérrima vecina, autodefinida como costurera bolchevique, cuyo hijo pequeño no cesa de pedir pan. “Estamos muy mal”, afirma, “pero si nos dejan en paz haremos algo que dentro de siglos se verá con asombro, porque solo ahora encontramos el sentido de la vida”. Aprovechando el interés de la Komintern por incorporar el PSOE, y previa promesa escrita de no publicar una sola palabra sobre sus opiniones políticas, se permite a los delegados visitar la aldea donde vive Kropotkin, para entregarle el obsequio de Pestaña y el suyo propio.

El anciano les recibe amablemente, emocionado por su obsequio y “atento a las inquietudes espirituales que la estancia en Rusia nos despierta”. Ellos, por su parte, respetan lo prometido, guardando silencio sobre lo conversado. Kropotkin sobrevive gracias a una vaca, cuya requisa ha prohibido Lenin, y un pequeño huerto, si bien su esposa les despide diciendo con voz helada: “Ayer vendimos el gabán de Pedro”. Tres semanas más tarde fallecerá de pulmonía. \*